



# DISCURSO

pronunciado

**EL 27 DE SETIEMBRE DE 1854,**

**POR EL TENIENTE CORONEL**

**y Secretario de la Comandancia General**

**D. Mariano Jesus de Campos.**

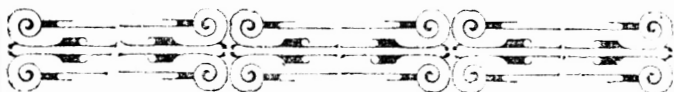


**TOLUCA,**

**TIP. DEL INSTITUTO LITERARIO,**  
á cargo de Manuel Jimenez,

**1854.**





## CONCIUDADANOS:

**A**L celebrar las glorias de la Pátria conmemorando el fausto día 27 de Setiembre del año de 1821, en que ocupada la Capital por el Ejército de las tres garantías, quedó asegurada para siempre la Independencia Nacional, forzoso es recordar, así los cruentos sacrificios de la Patria, como el preclaro y distinguido mérito de sus caudillos.

Tres siglos habian corrido de esclavitud y oprobio para los Mexicanos: arraigados parecian los hábitos de obediencia y sufrimiento: obstruidos cuidadosamente los medios de educar al pueblo en sus derechos, y hundidas las mazas en la ignorancia, la desnudez y los vicios, México parecia el pueblo mas á propósito para soportar el yugo y hacer la fortuna de sus dominadores.

En una época pues de ignorancia y mengua, cuando el pensar era crimen, imposible parecia la sola idea de un cambio.

El patriotismo y valor de muchos ciudadanos, re-

— 4 —

trocedían espantados á la vista de tan formidables inconvenientes, y nuestros padres, como los de los Israelitas en el desierto, bajaron al sepulcro esperando en vano el bien que anhelaban.

Empero; escrito estaba en el libro de las naciones que México, pasando por largas y durísimas pruebas, vendría al fin á conseguir su Libertad, del mismo modo que por tres veces lo había logrado su orgullosa dominadora. Por esto es, que en medio de males y calamidades sin cuento, se percibía un sintoma de vida, alentado por la sola, pero firme esperanza del remedio. Por eso la Libertad proclamada en el pueblo de Dolores la noche del 15 de Setiembre del año de 1810, tuvo en un momento millares de ardientes y esforzados defensores, y cual ~~feliz~~ eléctrico discurrió por todos los ángulos de este vasto continente.

Feliz la Pátria de los Aztecas, si la carrera triunfal del denodado cura de Dolores no hubiera sido rota por él mismo al conseguir su última victoria en el vecino monte de las Cruces. Por ella la Capital había quedado en sus manos, y algunas horas mas habrían bastado para consumir su colosal empresa: pero el día de la redención no era llegado, y por eso en vez de forzar sus marchas, preparándose para el último golpe, se le vé retroceder, sin que la historia nos haya dicho hasta hoy el grande motivo que á movimiento tan contrario á las reglas del arte militar, pudo obligarle; cuando rodeado de inmensos recursos, numeroso ejército y el influjo omnipotente de las circunstancias, ninguna resistencia habria podido oponer una Capital llena de espanto, cuya escasa guarnición solo pudo cubrir una de sus avenidas: donde el espíritu independiente germinaba por todas partes, y cuyo gobierno poseido de un terror sin ejemplo, decía al General Trujillo, ya derrotado: “Trescientos años de triunfos y conquistas de las armas españolas en estas regiones, nos contemplan: la Europa tiene ojos sobre nosotros: el mundo entero va á

—5—

juzgarnos: la España, esa cara Patria por quien suspiramos, tiene pendiente su destino de nuestros esfuerzos: vencer ó morir es nuestra divisa: yo no puedo sobrevivir á la mengua de ser vencido.”

Mas la funesta retirada estaba emprendida, y con ella cerradas las puertas de México, malogrados los esfuerzos de millares de valientes y restituida al gobierno espirante, una nueva y vigorosa existencia, dejándole explotar todos los recursos con que poco despues inundó en sangre los campos, levantó por todas partes los patibulos, arrasó las poblaciones y cubrió de luto y miseria á las familias mas distinguidas del país. ¿Qué pudieron lograr, despues de error tan funesto, los sobre-humanos esfuerzos de los Morelos, Bravos, Matamoros y tantos otros para quienes el suplicio fué el premio de sus heroicos sacrificios y gloriosas victorias?

La desoladora guerra de diez años habia consumido ya los hombres de empresa, y con ellos las fortunas y las esperanzas de la Patria, y en el pavoroso silencio de los sepulcros, se habia trocado el estruendo marcial de los combates.

El astro del Sur caminaba lentamente á su ocaso, y la nacion se veía segunda vez postrada ante sus implacables opresores.

Humeante aún la sangre de las víctimas, mal apagado el fuego de los incendios y apenas comenzando á enjugarse el llanto de las viudas y huérfanos, México presentaba el año de 1820, el cuadro mas completo de desolacion, y el ejemplo material de nuestros desaciertos, y . . . . . triste es decirlo: como si nada mal hubiera sucedido, un enjambre de aspirantes sin nombre, sin valimiento, sin recursos, meditaba en secreto planes de reaccion llenos todos de proscripciones y cadalsos, y á la sombra de una constitucion inadecuada y estrangera, se preparaba la mas completa disolucion social; efecto preciso de los resentimientos engendrados en la guerra fratricida; mientras los impo-

## —6—

líticos decretos de las Cortes Españolas hacian tanto mas prócsimo el conflicto, cuanto mas atacado se consideraba por ellos al clero Mexicano, objeto del respeto y veneracion de los pueblos.

La constitucion era públicamente maldecida, instigábase por los escritores de la época del modo mas claro á la sublevacion, y mas de una representacion vigorosa se habia visto ya, elevarse en nombre de ciertos cuerpos militares; el destino, hasta entonces funesto, parecia ocuparse en hacinar combustibles para la nueva hoguera. El héroe del Sur tantas veces tentado con las mas lisengeras promesas, para que abandonando la causa de la Patria hincase la rodilla ante el gobierno opresor, iba á sufrir una nueva y peligrosa prueba, pues siendo el único obstáculo á la absoluta dominacion, marchaban sobre él numerosas tropas cuyo mando se habia confiado á un militar que, como dijo el orador Romano aludiendo á César, reunia valor, pericia y fortuna; este era el bizarro Coronel del Regimiento activo de Celaya.

Mas la hora de la Independencia habia sonado; y el hombre escojido para impedirla, fué precisamente el que la proclamó, aprovechando en su favor, los medios que se habian ideado para extinguir el espíritu público. *Iturbide*, nombre de honor y gloria; de amor y tiernos recuerdos para los Mexicanos: *Iturbide* que habia pasado su juventud en los campamentos, que conocia por principios el arte de la guerra y habia asistido á las mas reñidas funciones de armas, disfrutó el honor de mandar brillantes divisiones en su temprana edad: siempre vencedor, nunca vencido; parecia por lo mismo natural que, siguiendo los hábitos é inspiraciones de su carrera, cifrase el écsito de la Independencia en el resultado de continuas y gloriosas batallas: pero dotado de alma grande, juicio recto y claro entendimiento, hábil político y profundo conocedor de los hombres y de las cosas, habia estudiado el carácter, las necesidades del país y su reme-

—7—

dio, sin olvidar los particulares intereses de las personas influyentes. Veía la guerra como el último recurso á que en casos estremos debe apelarse, y puso todos los medios que estuvieron á su alcance, para evitar esta funesta necesidad y sus amargas consecuencias.

Precipitó los sucesos, no sin peligro propio, porque la exaltacion de los ánimos, la divergencia de opiniones y los intereses privados hacian tan necesario este sacrificio, cuanto era cada dia mas peligrosa y comprometida la situacion.

No desconoció las ventajas que en política hubiera debido darle el cumplimiento de la mision que le habia llevado al Sur; mas, honrado, generoso y magnánimo, prefirió iniciar en el secreto de sus planes, al heróico General Guerrero, gozando con él de la mas cordial y sincera reconciliacion, y de acuerdo, proclamó la Independencia de la Nacion Mexicana el dia 24 de Febrero de 1821, bajo las bases del plan que lleva el nombre de *Iguala*.

Han corrido ya cerca de seis lustros, ensayadas quedan todas las formas de Gobierno, y el plan de Iturbide se conserva tan grande y magestuoso, como lo fuera el dia de su publicacion. En él se encuentra, como la primera de las garantías, la verdadera y santa Religion que salvó á nuestros mayores, que salvará tambien á cuantos la profesan, cumpliendo sus preceptos.

Por él se logró la suspirada Independencia sin los horrores que mancharon la pasada lucha; y obra esclusiva de una combinacion eminentemente diplomática, engrandeció á su autor, dejándole la gloria de poder decir á sus compatriotas, con la verdad y franqueza que deben caracterizar al hombre público: “Mexicanos, ya estais en el caso de saludar á la Patria independiente, como os lo anuncié en Iguala: ya recorri el inmenso espacio que hay desde la esclavitud la á Libertad: ya me veis en la Capital del Imperio



## —8—

mas opulento, sin dejar atrás ni arroyos de sangre, ni campos talados, ni viudas desconsoladas, ni desgraciados hijos que llenen de maldiciones al asesino de su padre.” ¿Y quién si no Iturbide pudo decir á sus contemporáneos verdades tan ciertas? ¿Quién si no él pudo consumir, por medios al parecer tan fáciles, la empresa mas difícil, y esto en el corto término de siete meses, recibiendo por todas partes las bendiciones de los pueblos y mirando en todos los semblantes el entusiasmo, la gratitud y júbilo? Mas no han parado aquí las glorias del Caudillo inmortal, aún resta un toque importante para la perfección de la obra mas acabada que vieran los siglos.

Los que alcanzaron aquellos días de dolor y luto en que desencadenadas las pasiones se esperaba en todo momento nuevas escenas de horror y de sangre, los que vieron el encono, la sed de venganza y los medios que para saciarla pusieron en juego los defensores del pretendido derecho de conquista, llamando traidores á los que invocaban la Libertad y procuraban la Independencia, éstos, y solo éstos pueden apreciar en lo que vale la tercera garantía del plan de Iturbide; garantía sublime, sin la cual se hubiera resentido de poca solidez el magestuoso edificio levantado por la Independencia; garantía que por sí sola revela el espíritu filosófico y conciliador de su autor; garantía, en fin, que ligó los vínculos de la caridad y de la sangre, rotos en el frenesí de los partidos, que reconcilió al padre con el hijo, al hermano con el hermano, y haciendo de todos los habitantes de la reina del Septentrión una sola y venturosa familia, con iguales derechos, con unas mismas garantías, con generales y recíprocas obligaciones, y alejando la impolítica preocupación del origen, abrió á la virtud y al mérito todas las carreras que por tantos años habian sido el patrimonio de los hijos mimados de Hesperia.

¿Y quién, en vista de bienes tan sublimes, no siente

## —9—

remontarse su espíritu hasta el trono de Dios, para rendirle gracias por tales beneficios?

Por el plan de Iturbide México pasó de abyecta colonia á Nación libre, soberana, independiente, tomando asiento entre las que figuran en el globo; y la erigida frente de nuestros hijos se vé libre de la marca afrentosa de esclavitud que manchara la de sus padres.

Por el plan de Iturbide quedó sancionado el principio de la soberanía del pueblo, poco antes condenado como herético; proclamada la justa y moderada libertad del hombre, y bajo el velo con que cubrió el pasado quedaron confundidos los verdugos con las víctimas, paciando en amigable rebaño los corderos con los lobos.

Por el plan de Iturbide se abrió un vasto campo á la inteligencia; la industria rompió las trabas que la ligaban; el comercio quebrantó el monopolio, y las fuentes todas de la riqueza pública quedaron á disposición del trabajo; todo, todo anunciaba un porvenir de paz y de ventura. ¿Y hemos recojido ya tan ôpimos frutos? ¿Gozamos de la paz y de la abundancia en el interior, y de respeto y consideraciones en el exterior? ¿Estamos ciertos de haber correspondido á lo que el padre verdadero de la patria ecsijió de nosotros en retribucion de los bienes inmensos que nos conquistaran su sabiduría y su genio? ¿Hemos siquiera recordado la deuda que cumplida, nos habria grangeado todos los bienes de que estamos privados por nuestra propia culpa? “*Dejadme, nos dijo Iturbide el gran dia de su gloria, dejadme que dando un paso atras observe atento el cuadro que trazó la Providencia, y que debe retocar la sabiduria americana; y si mis trabajos, tan debidos á la Patria, los suponeis dignos de recompensa, concededme solo vuestra sumision á las leyes, y de tiempo en tiempo haced una memoria de vuestro amigo.*”

Conciudadados: puesto que Iturbide nos enseñó el camino de ser libres, y que á nosotros toca señalar el de ser felices, no mas errores. no mas division, uná-

—10—

mones al Supremo Gobierno, prestémosle toda la fuerza, todo el poder de que somos capaces, y salvemos con él el patrimonio que nos legaran nuestros esforzados y gloriosos caudillos; llenemos este deber, y acreditemos que somos dignos de la libertad que nos conquistó el inmortal Iturbide. Aun es tiempo de reparar los males causados por el funesto espíritu de partido; males que nos obligan á cada instante á recordar con tristeza lo que fuimos, lo que debiéramos ser y lo que somos; aun nos restan manchas que lavar, y esta es la ocasion mas oportuna, uniendo nuestros esfuerzos á los del genio que preside los destinos; sumision á las leyes nos recomendó Iturbide, respeto y confianza en el Gobierno, es el único medio que nos resta para salvarnos y acreditar al mundo que las locuras de nuestra infancia política han cesado ya, recordad, compatriotas, que el coolaborador de la Independencia en 1821 es el mismo que en 1829 y en las playas de Tampico, la aseguró para siempre, y enseñándonos segunda vez el camino de ser libres, adquirió un nuevo derecho á nuestro respeto y un título mas á nuestra gratitud; unámonos á él y México será colocado en el rango á que le llama su destino, y al recordar las glorias del de Iguala, no olvidemos al mártir de Padilla.

**DIJE.**